



M. Lillo

MIGUEL LILLO ⁽¹⁾

(1862-1931)

Por JOSÉ F. MOLFINO

El hombre de bien juzga todo con rectitud
y reconoce siempre la verdad.

ARISTÓTELES.

RÉSUMÉ

Commémoration de Michel Lillo. — L'auteur, sur la demande du Directeur de ces *Anales*, étudie la personnalité du savant naturaliste Michel Lillo, mort à Tucumán, le 4 mai 1931; c'est là aussi qu'il était né et où s'est passée toute sa laborieuse existence. Lillo était un auto-didacte, et même un éloquent exemple de ce que peut la vocation appuyée sur la volonté. Il fut fait docteur *honoris causa* par l'Université de La Plata (R. A.). Spécialisé dans la botanique, il a laissé plusieurs ouvrages importants, ainsi qu'un grand herbier considéré comme un des plus travaillés de l'Amérique du Sud, réunissant la végétation du nord argentin presque toute entière. Au surplus, sa bibliothèque et sa collection de peaux d'oiseaux sont également de grande valeur.

La vida extraordinaria y fecunda del doctor don Miguel Lillo, Miembro Correspondiente de la Sociedad Científica Argentina, se extinguió en su ciudad natal, con heroica serenidad, al iniciarse el día 4 de mayo de 1931. Horas después, el telégrafo vibraba anunciando al mundo científico la triste nueva y la Dirección de estos *Anales* me confiaba la misión de recordar al maestro y consocio caído. Vengo, pues, a cumplir con el honroso cometido en este primer aniversario de su desaparición, y lo hago con los sentimientos de admiración y de respeto que esa

(1) Publicado en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo CXVII, entrega V, página 217, mayo 1932.

personalidad científica siempre me inspiraron, sin que circunstancia alguna empañara la alta consideración que, en todo momento, me mereció.

Miguel Lillo era un naturalista de condiciones poco comunes de sagacidad y observación, admirablemente dotado del *fuego sagrado* y de una amplia y profunda erudición, producto de su vocación y de su esfuerzo; especializado en Botánica, conocía a fondo otras ramas de los conocimientos humanos, que hicieron de él una autoridad moral y científica de singulares relieves. Místico por temperamento, sin practicar culto alguno, rechazaba las definiciones materialistas de la vida, sin pedirle nada a ella, viviéndola filosófica y meditadamente, y pensando que la verdad estaba en abroquelarse contra las vanidades subalternas que envilecen a los hombres. Y sus principios estuvieron siempre embellecidos y elevados por el decoro de su propia vida.

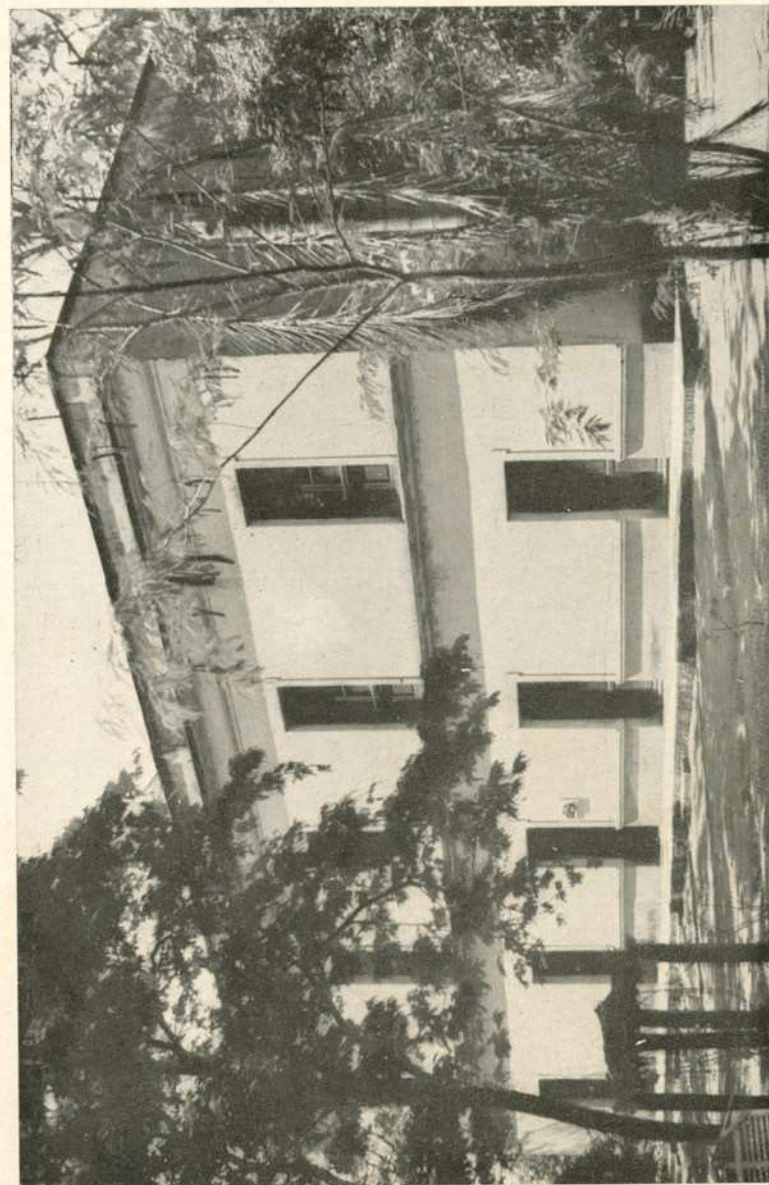
La existencia de este hombre de ciencia es un cartabón de austeridad, de fortaleza moral y de dignidad de carácter. Ejerció una especie de sacerdocio de la humildad científica y muchos aprendieron de Lillo a saber lo que pudieran, para ahondar luego el estudio y extenderlo en sucesivas conquistas de ampliaciones. Las suyas fueron grandes; las de los que ampararon en él, tan vastas y tan profundas, como el alcance de cada inteligencia y la fuerza de cada voluntad.

Conocer la naturaleza del privilegiado rincón de tierra que lo vio nacer, fué la razón de ser de su existencia, el sentir de su vida; vivió para observarla e investigarla, echando los cimientos del templo de la Ciencia en un medio completamente adverso hasta su aparición. Por su esfuerzo abnegado y generoso en grado sumo, la flora y la fauna de Tucumán, y por extensión la del noroeste argentino, se ha vuelto patrimonio de la Patria y de la Humanidad.

Medio siglo dedicado a la especulación científica, alternando con la docencia y la dirección de instituciones públicas, hicieron de él una personalidad tradicional y querida, aunque poco comprendida en su provincia, a tal punto que su vida y su obra, pese a su proverbial retraimiento, era conocida, hasta con visos de leyenda, desde el encumbrado personaje hasta el más modesto hijo del pueblo, rindiendo todos, en la medida de sus respectivos

LÁMINA I

J. F. MOLFINO, Miguel Lillo



Casa que habitó el doctor Lillo, en la cual funciona el Instituto que lleva su nombre, situada en las afueras de la ciudad de Tucumán.
(Foto Schreiter)



alcances, el homenaje del concepto unánime con que se le distinguía. Pero solía desconfiar de los sentimientos que inspiraba a sus semejantes, falla sin duda de su carácter lindante con la misantropía.

Con un perfecto sentido del humorismo, era muchas veces hasta sarcástico, pero sin despojarse por eso de la suavidad de expresión y de la afectuosidad de sus maneras. Espectador frío y sereno de hombres y de sucesos, los juzgaba con ruda franqueza y con un fuerte sentido de la realidad, siempre sobre la base de su amplia cultura y de su preparación científica. Estaba en constante y abierta beligerancia con el error y la hipocresía, en donde ellos estuvieren. Dificilmente impresionable, en su severo rostro nunca se reflejaban los sentimientos que conmovían su espíritu; sólo en la soledad de su retiro daba exteriorización a sus preocupaciones íntimas.

Había nacido en San Miguel del Tucumán el 31 de julio de 1862, día de la conmemoración de Ignacio de Loyola y, por coincidencia o predisposición de la Naturaleza, tuvo las virtudes del santo, con cuyo nombre fué también bautizado: ascetismo profundo, firme voluntad, tenacidad en el esfuerzo, frialdad en el análisis y dureza frente a los embates de la vida.

Cursó las primeras letras en una escuela particular dirigida por un ex religioso. Hizo el bachillerato en el Colegio Nacional, de donde egresó en 1881. No efectuó otros estudios oficiales; todo lo que vino después se lo debió a sí mismo, constituyendo un hermoso ejemplo de autodidactismo.

Las ciencias exactas, físicas y naturales fueron las de su predilección y las estudió y perfeccionó con ahínco. Federico Schickendantz, profesor de química y director de la Quinta normal de agricultura, que dependía del Colegio Nacional, fué el maestro que tuvo el joven Lillo; había descubierto en él condiciones estimables de observador y estudioso, lo estimuló y lo guió, hasta llevarlo a su lado como ayudante, vislumbrando en él a su sucesor, como en efecto así sucedió.

Cuando el doctor Schickendantz se ausentó definitivamente de Tucumán, en 1892, Lillo lo reemplazó en la dirección de la Oficina Química, que aquél había fundado, cargo que conservó hasta el día de su muerte y que atendía en las horas de la

mañana, alternando con las cátedras de química y física en el Colegio Nacional, Escuela Normal y Universidad, que funcionaban en locales vecinos a los de aquella dependencia. En 1918 se retiró de la docencia, guardando, con carácter honorario, el puesto de director del Museo de Historia Natural anexo a la Universidad, fundado, en 1915, por el entonces gobernador de la provincia, doctor Ernesto E. Padilla. Lillo tuvo el título de «competencia en química», por disposición de la ley nacional número 4416, de fecha 17 de septiembre de 1904; como tal, su nombre está registrado en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

El renombrado químico alemán, muy amante de la Botánica, puso en relación a su discípulo con el doctor Federico Kurtz y el farmacéutico Teodoro Stuckert, ambos radicados en Córdoba, y lo instó a que efectuara un viaje por Europa, cuyos principales centros científicos visitó, teniendo ocasión de frecuentar a los más notables fitólogos de la época. Este viaje tuvo una influencia decisiva en la vida del joven naturalista, le mostró cómo se trabajaba y los métodos de investigación que era menester seguir, para realizar una obra lo más duradera posible. Fué así que se sacrificó en un esfuerzo que dió a su juventud la belleza de una realización heroica y de una conquista triunfal.

En 1888, poco antes de emprender aquel viaje, publicó su primer ensayo sobre *Flora tucumana*, trabajo que, basado en el *Symbolae* de Grisebach, el mismo Lillo reconoció más tarde como malo. Desde entonces sus investigaciones fueron progresando, en forma concienzuda y firme, hasta el punto de justipreciársele como autoridad de la mayor consideración en todo lo relacionado con los estudios florísticos del norte argentino. Sin afán de hacer publicaciones, profundizaba los problemas, enriquecía su biblioteca, hacía colecciones, cultivaba en su quinta especies críticas, se comunicaba con colegas del país y del extranjero, consultaba tipos, buscando siempre, sin jactancia alguna, dictaminar con seguridad, en la medida de lo posible.

Su *Contribución al conocimiento de los árboles de la Argentina* (1910), y su complemento de 1917, representa un esfuerzo digno del mayor elogio y de todo encomio. Es una obra fundamental

para los estudios dendrológicos argentinos, que tuvo la desgracia de provocar el distanciamiento de su autor con otra columna de la Botánica argentina: Spegazzini, quien determinó, simultáneamente que Lillo, la misma colección de maderas, sobre la base de malos ejemplares de herbario. La disidencia entre ambos fitólogos se ahondó luego, desgraciadamente, a causa de la influencia nefasta que suelen ejercer terceras personas.

Miembro de la Comisión Nacional de la Flora Argentina, designada en 1913 por el entonces Ministro de Agricultura, doctor Adolfo Mujica, el doctor Lillo se ocupó con preferencia en el estudio de la gran familia de las Compuestas, determinando los representantes de varias tribus (Vernonieas, Eupatorieas, Astereas, Inuleas, etc.), existentes en los principales herbarios del país, además de los de sus propias colecciones.

Efectuó después, independientemente, una revisión de las Asclepiadáceas argentinas, interesante familia de la que publicó una lista de cien especies, con primicias importantes, aunque sin describir las entidades designadas como nuevas para la ciencia. Más tarde trató las Acantáceas, pero sin hacer ninguna publicación al respecto, aunque sí devolviendo con dictámenes y anotaciones los materiales que le fueron prestados.

Prefirió enviar los representantes de otras familias a especialistas europeos o norteamericanos, ya que no se consideraba suficientemente ilustrado en cuanto a la posesión de tipos y bibliografía adecuada, para definir con exactitud la delimitación de las especies; mas, no por esto dejaba de exponer su punto de vista y de comunicar su análisis, acompañados las más de las veces de diseños ilustrativos o de flores disecadas. Por otra parte, Lillo mismo reconocía, con toda nobleza y probidad, que carecía de talento para hacer descripciones como él deseaba que fueran, prefiriendo que otro colega más avezado las efectuara.

Envío las Rosáceas a Kohne y a Bitter, las Solanáceas al mismo Bitter, las Gramíneas a Hackel, las Violáceas a Becker, las Oxalidáceas y Valerianáceas a Briquet, las Malváceas a Hill, Hassler y Hochreutiner, las Borragináceas a Johnston, las Meliáceas y Piperáceas a Casimiro De Candolle, las Compuestas críticas a Robinson, reuniendo sus materiales, en muchos casos, a los de otros colegas que hacían remisiones, etc. De

aquí las numerosas especies nuevas que llevan el nombre del excelente botánico de Tucumán.

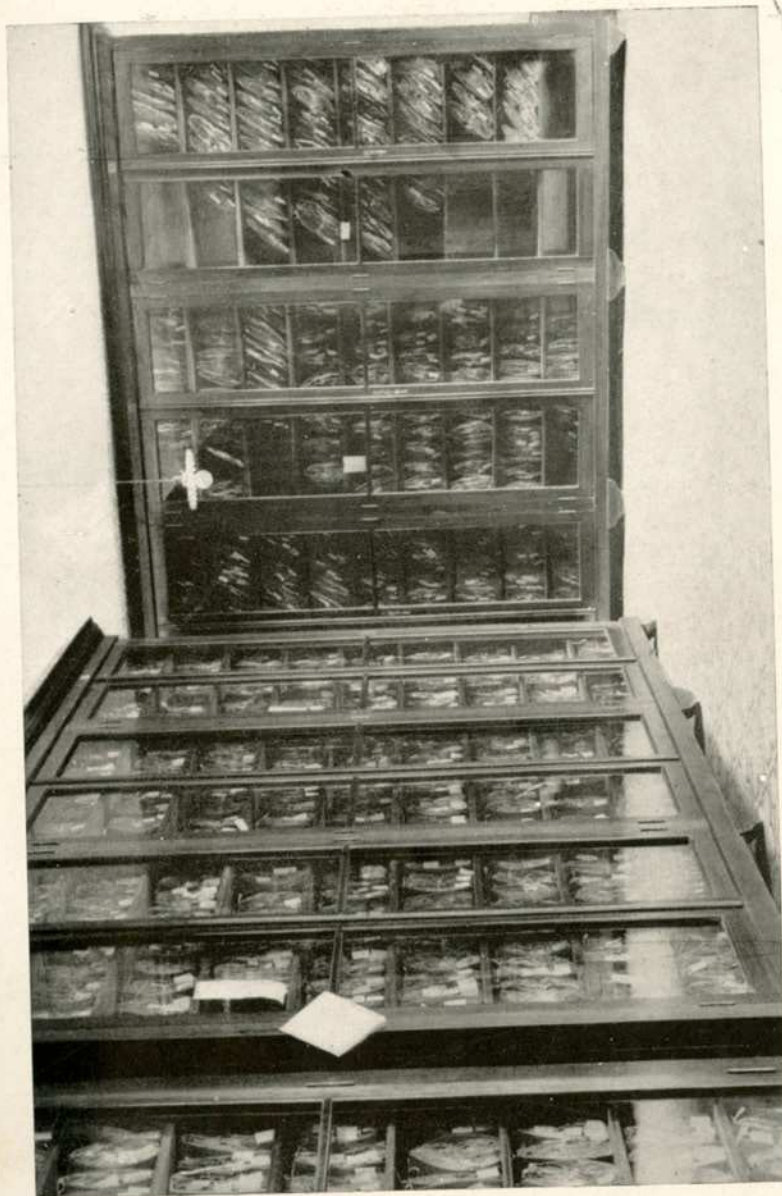
Era lo más solícito con sus colegas; bastaba demostrarle interés por tal o cual grupo de plantas, para que él, casi inmediatamente, despachara una serie de ejemplares de su rico herbario, sin reclamar devolución. A este respecto recuerdo que en una oportunidad solamente, me pidió le reintegrara unos especímenes, que tenían para él el extraordinario valor de haber sido herborizados en Catamarca por su maestro Schickendantz, a quien le debía mucha gratitud, según me manifestaba en líneas llenas de emoción. De esta manera ayudaba y sentía gran satisfacción en hacerlo, suministrando, al mismo tiempo, datos biológicos de su observación y bibliográficos de su rica biblioteca, formulando acotaciones, etc. ¡Y más de uno ha asegurado sus dictámenes, después de haberlo consultado con Lillo!

Clasificó colecciones de mucho valor y de miles de números, tales como las hermosas series de F. M. Rodríguez (Tucumán, Salta y Misiones), los escogidos resultados de las herborizaciones de L. Castellón (Tucumán, Catamarca y Jujuy), las interesantes plantas de P. Jörgensen (Catamarca y Formosa), los materiales tan bien documentados de E. Dinelli (Tucumán), los bien preparados ejemplares de S. Venturi (Tucumán, Chaco, Salta y Jujuy), los selectos especímenes de R. Schreiter (Tartagal, Orán, El Volcán, etc.), y otras. Trabajo hecho con el mayor desinterés, con el objeto primordial de conocer lo mejor posible la vegetación del norte argentino, sobre cuya distribución tenía un criterio fitogeográfico propio, que lo llevó a disentir con alguno de sus colegas, remontándose en sus asertos a las características de la flora de los países limítrofes, sobre la que tenía también opinión formada.

En el campo de la Zoología — en particular de la Ornitología — la labor del doctor Lillo fué proficua y llena de satisfacciones. A este respecto, dejo la palabra al reputado especialista doctor Roberto Dabbene, quien, a mi requerimiento, se ha expresado de la siguiente manera (carta del 2 de julio de 1931): «Considero a Lillo como uno de los más distinguidos naturalistas del país. Sin pretensiones de hacerse el sabio, lo era en realidad y siempre ha merecido de mi parte respeto y admiración,

LÁMINA II

J. F. MOLFINO, Miguel Lillo



Algunas de las vitrinas en las que se conserva el gran Herbario Lillo (Foto Schreiter)



no solamente por su saber, sino también por su modestia. Aun cuando su especialidad no era la Ornitología, ha cultivado esta ciencia y los pocos trabajos que ha hecho sobre aves son, sin duda, los mejores que se han publicados en el país. Me refiero a la *Fauna tucumana, Aves*, publicada en 1905, en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán*, que es la lista más completa que se ha publicado sobre avifauna del noroeste argentino. Otra enumeración ha sido publicada en los *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, en 1902, y otro trabajo muy importante es: *Enumeración y descripción de las especies de animales indígenas con las costumbres y daños o beneficios que ocasionan las más características*. Este opúsculo es poco conocido, tal vez por haber aparecido en una revista de escasa circulación no se le dió toda la importancia que en realidad tiene; ha sido editado en el *Boletín de la Oficina Química de Tucumán*, tomo II, entrega segunda (1889). Con la colaboración mía, el doctor Lillo publicó en los *Anales del Museo de Buenos Aires: Descripción de dos nuevas especies de aves del noroeste de la Argentina* (en francés). Ha descripto otras nuevas especies de la avifauna tucumana y ha hecho, sin duda, la mejor colección de pieles de aves de esa provincia.»

Otro aspecto prominente de la vida del doctor Lillo, lo constituye su pasión por la lingüística y la literatura clásica. Además de los idiomas necesarios para asesorarse en sus investigaciones científicas, Lillo estudiaba con singular acierto y especial versación las lenguas indígenas; poseía una bien nutrida biblioteca sobre estos temas y llegó a ser, en más de una ocasión, autoridad de consulta, ante quien acudieron especialistas de renombre. Las bellas letras eran descanso de sus tareas científicas; bajo los árboles de su quinta leía las Églogas en los días de fiesta; el griego de Sófocles fortalecía la serenidad de su espíritu; los pensamientos de Kempis lo edificaban; y, a la luz de su lámpara, pasaba las noches meditando sobre el ingenio y la profundidad del inmortal libro de Cervantes...

Lillo prestó silenciosamente un gran servicio a su provincia y a su país: los informes meteorológicos que llevaba con toda minuciosidad desde cuarenta y cinco años atrás. Gracias a sus conocimientos pudo reemplazar la acción de las autoridades con

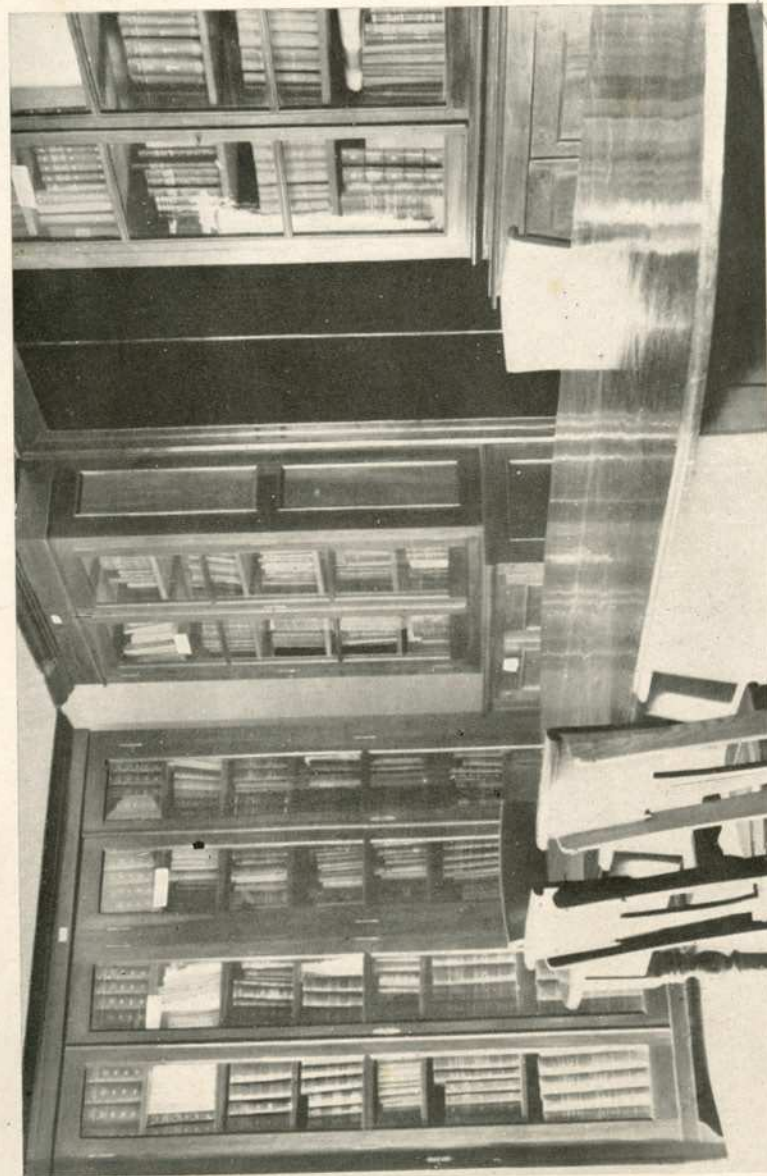
eficacia, en una región en que era tan necesaria. Los cultivos subtropicales exigían datos seguros, permanentes y coordinados en ciclos completos sobre el clima. No era posible librar al azar el trabajo intensivo que aquéllos representaban y así se ha visto cómo, para salvar la industria azucarera, la Estación Experimental de Tucumán debió estudiar, durante varios años, para encontrar el sustituto de la caña criolla que había degenerado. Hubiera resultado un grave riesgo económico dejar que los cañeros eligieran cualquier tipo de planta, que podía dar buen resultado un año y perderse en el otro. El ensayo abarcó así el tiempo de la evolución completa de las condiciones climatológicas de Tucumán, y gracias a esa previsión pudo llegar a replantarse los surcos con ventajas para su rendimiento, alejando el peligro señalado. Pero la posibilidad de la experimentación no habría existido, si Tucumán no hubiera contado con las observaciones correspondientes, tomadas con la minuciosidad, la conciencia y la seguridad que del conocimiento pleno de los fenómenos tenía. La desaparición del doctor Lillo vino a representar para la provincia, también en este sentido, un grave mal, que felizmente se evitó, casi inmediatamente, con la instalación de una oficina pública, dispuesta por la Dirección de Meteorología del Ministerio de Agricultura, atendida por técnico de responsabilidad.

La lista bibliográfica de Lillo no es abultada y frondosa como puede leerse a continuación. Con toda razón ha dicho el doctor Cristóbal M. Hicken, con respecto a la personalidad científica del ilustre tucumano: « Su bibliografía no es muy extensa, pero hay que recordar que la utilidad de una vida no hay que medirla exclusivamente por el número de los títulos correspondientes a los asuntos tratados. Existe una gran obra también, en lo que pasa anónimamente a la posteridad y que tanto puede llamarse ejercicio de la cátedra, como organización de una sección científica, catalogamiento de objetos cuya interpretación harán otros, o simplemente la clasificación sistemática del material acumulado. Todo esto es obra de alto mérito. »

Las manifestaciones que anteceden del distinguido profesor de la Universidad de Buenos Aires son, por desgracia, en nuestro medio, poco reconocidas, aun por los que siguen una misma

LÁMINA III

J. F. MOLINO, Miguel Lillo



Un ángulo de la Biblioteca del Instituto Lillo, en la que también sesiona la Comisión Asesora del mismo



orientación. Se juzga y se critica con suma rapidez y mordacidad, sin entrar a considerar circunstancias y factores que, interviniendo a veces fortuitamente, hacen desviar, detener o retrasar, los propósitos más sinceros y mejor intencionados.

LISTA BIBLIOGRÁFICA DEL DOCTOR MIGUEL LILLO

1. Schickendantz, F. y Lillo, M., *Sobre la determinación de la glucosa en los vinos y en los productos de la industria azucarera*. — *An. Soc. Cient. Argent.*, XXIII (1886), 9-16.
2. *Flora de la provincia de Tucumán*. — *Bol. Of. Quím. munic. Tucumán*, I (1888), 55-115.
3. *Sobre la existencia de una especie de « Heliocarpus » en la Argentina (Tucumán)*, en *El Interior* de Córdoba, 25 de julio de 1888.
4. *Flora de Tucumán. Herbario de M. Lillo*. — *Expos. univer. inter. de 1889 à Paris, etc.*, 341-356.
5. *Apuntes sobre la Fauna de la provincia Tucumán. Enumeración y descripción de las especies animales indígenas*. — *Bol. Of. Quím. munic. Tucumán*, II (1889).
6. *Observaciones meteorológicas practicadas en Tucumán durante los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1889*. — *Ibid.* (1889), 123-147.
7. *El cultivo del ramio en Santa Rosa (provincia de Tucumán)*. — *Ibid.*, (1889), 186-188.
8. *Enumeración sistemática de las Aves de la provincia de Tucumán*. — *An. Mus. Nac. Bs. Aires*, VIII (1902), 169-219.
9. *Fauna tucumana. Aves*. — *Rev. Letras y Ciencias Sociales*, Tucumán (1905).
10. *Notas ornitológicas*. — *Apunt. Hist. Nat.* (1909), 21-26, 41-44.
11. *Contribución al conocimiento de los árboles de la Argentina* (1910), 1-127.
12. *Descripción de plantas nuevas pertenecientes a la Flora argentina*. — *An. Soc. Cient. Argent.*, LXXII (1911), 171-175. — *Fedde. Reperit.*, XIII (1914), 127-128.
13. Dabbene, R. y Lillo, M., *Description de deux nouvelles espèces d'oiseaux de la République Argentine*. — *An. Mus. Nac. Bs. Aires*, XXIV (1913), 187-194, 2 láminas.
14. *Flora de la provincia de Tucumán. Gramíneas*. — *Publicaciones hechas por el gobierno de Tucumán con motivo del Centenario de 1916*, (1916), 1-63.

15. *Segunda contribución al conocimiento de los árboles de la Argentina*. Universidad de Tucumán (1917), 1-69. *Ibid.* (1924), 1-55.
16. *Observaciones pluviométricas en la ciudad de Tucumán, 1883-1916*. — *Ibid.* (1917), 41-43.
17. «*Tagetes anisata*» y «*T. pseudomicroantha*», en Zelada, F., *Estudio del «Tagetes anisata» Lillo n. sp., productora de aceite esencial*. — *Ibid.* (1918), 1-15.
18. *Reseña fitogeográfica de la provincia de Tucumán*. — *Primera Reun. Nac. Soc. Arg. Cienc. Nat.* (1919), 210-232, 1 mapa y 15 láminas.
19. *Las Asclepiadáceas argentinas*. — *Physis*, IV (1919), 410-437.
20. *Las Asclepiadáceas de la República Argentina*. — *Rev. Estud. Univ. Tucumán* (1920), 113-118. — *Physis*, V (1921), 113-116.
21. *Un cambio curioso de sexualidad*. — *Darwiniana*, (1924), 163-164.
22. *Cuarenta años de observaciones pluviométricas y termométricas en la ciudad de Tucumán, 1883-1923*. — *Univ. Tucumán* (1924), 5-31.
23. *Estudio preliminar de una colección de plantas procedente de Tartagal (Salta)*. — *Ibid.* (1925), 3-14.

Volviendo sobre la actuación docente del profesor Lillo, cabe señalar aquí la circunstancia incongruente, que por lo demás es común en nuestro medio, de que tratándose de un naturalista de su envergadura, nunca le tocó enseñar Ciencias Naturales en los institutos oficiales de educación; debió conformarse con dictar asignaturas que no eran las de su especial predilección. Sus lecciones las reservaba para el reducido círculo de amigos íntimos y sus observaciones las comunicaba a sus colegas cuando lo visitaban, por lo cual, repetimos, experimentaba siempre un gran placer. En oportunidad de la provisión de la cátedra de Botánica de la Universidad de Córdoba (1916), por jubilación del doctor Kurtz, figuró en la respectiva terna, pero esto no pasó de una apariencia, pues Lillo prestó generosamente su nombre, renunciando privadamente la candidatura — actitud que asumió también el profesor J. A. Domínguez, — con el objeto de asegurar la designación del candidato que figuraba en tercer término en la propuesta de la Universidad al Poder Ejecutivo Nacional.

El doctor Lillo recibió honores que le tributaron espontánea-

mente las corporaciones e instituciones científicas del país y del extranjero.

Del Museo de La Plata, al cual prestó eficientes servicios como taxonomista, fué *Académico Correspondiente* desde el 7 de septiembre de 1907. El título de *doctor honoris causa* le fué conferido por el Consejo Académico del mismo Museo el 14 de marzo de 1914, distinción que le fué confirmada por el Consejo Superior de la Universidad en abril del mismo año. En mayo de 1928 le fué otorgado el premio «Francisco P. Moreno», correspondiente al bienio 1926-1927, habiendo obtenido el naturalista tucumano la unanimidad de los votos, en forma fundada, de todos los profesores de la renombrada institución platense. La entrega del premio — una medalla de oro de cuño especial y el respectivo diploma — se efectuó en Tucumán, en acto público de proporciones inusitadas, por su significado y concurrencia, que se celebró en la sede de la Universidad Nacional y que estuvo presidido por el entonces Ministro de Justicia e Instrucción pública de la Nación, doctor Antonio Sagarna, asistiendo el director, doctor Luis María Torres, en representación del Museo y haciendo uso de la palabra.

De la Sociedad Científica Argentina fué *Socio Correspondiente* desde el 24 de abril de 1897 y colaborador de sus *Anales*. De la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba fué desde antiguo *Miembro Correspondiente*. A la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales estuvo vinculado desde su fundación, en 1912; participó con todo entusiasmo en la Reunión Nacional que la joven Sociedad de entonces (1916) celebró en Tucumán, la que le encomendó, con aquel motivo, la redacción de una reseña fitogeográfica de su provincia natal, que se publicó más tarde (1919) en el tomo que contiene las Actas del referido certamen, trabajo de mérito, bien ilustrado con fotografías y un mapa. De la Sociedad Ornitológica del Plata era *Miembro Correspondiente*, desde que se organizó, en 1916, a raíz de aquella Reunión.

Al Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires prestó servicios científicos, que siempre le fueron reconocidos por la benemérita institución, encontrándose allí parte de los ejemplares de su colección botánica de 1889, que Lillo había



llevado a la Exposición de París; lo mismo puede decirse con relación al Instituto de Botánica y Farmacología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, en cuyo herbario se conservan, como verdaderas reliquias, muchas de sus plantas, con rótulos totalmente de su puño y letra, obsequiadas amistosamente al profesor Domínguez.

La muerte del esclarecido hombre de ciencia fué en verdad cruel. Desde mediados de noviembre de 1930, se encontraba atacado de hipertrofia de la próstata que reclamó, dos meses después, la intervención quirúrgica. En la operación, los médicos encontraron el mal muy avanzado, además de una afección cancerosa en la misma región. «Lo que ha padecido el enfermo los tres meses que se sucedieron a la operación es horrible hasta referirlo — me escribía don Rodolfo Schreiter — y solamente las inyecciones de morfina han podido suavizar en algo esos terribles sufrimientos.» Los amigos y colegas que lo visitaron en los últimos años, pudieron notar que la salud y el ánimo del doctor Lillo decaían visiblemente; en vano se le aconsejó un prolongado descanso y la consulta con médicos especialistas, para que lo sometieran a tratamientos adecuados.

Antes de la operación, Lillo dictó su último testamento, por el cual declara a la Universidad Nacional de Tucumán heredera de su casa quinta, con los edificios, las espléndidas colecciones y la importantísima biblioteca, nombrando al mismo tiempo una comisión de personas de su intimidad y de responsabilidad, que debe velar por la fiel observancia de sus disposiciones póstumas y la mejor conservación del legado. Y cumpliendo los deseos de su amigo, el naturalista Schreiter ha procedido ya, con toda solicitud y abnegación, a envenenar y a preservar el herbario, a fin de eliminar toda clase de enemigos que atacan a las plantas secas y asegurar así la perduración de una obra que nunca jamás podría ser suplantada. ¡Ojalá que el Museo «Lillo» sea pronto una realidad y que las autoridades del cual dependerá sepan cumplir fielmente, en el espíritu y en la letra, la voluntad del generoso donante!

Esperado por momentos el deceso del enfermo, fueron discutidas las exequias por amigos y familiares. Los que estuvieron cerca de él durante su vida, los que siguieron con angustia el

desarrollo de la dolencia implacable, los que lo sacaron del sanatorio en que se asistía para que muriera plácida y serenamente en su casa, expresaron la conveniencia, como el mejor homenaje a la austera vida de Lillo, de sepultarlo dentro de la propia casa solariega donde había transcurrido toda su preciosa existencia, sin mayores pompas, dejando para mejor oportunidad la realización de un homenaje civil. Pero triunfó la otra tesis; se hicieron a Lillo grandes funerales, se decretaron honores oficiales de Ministro de Estado y se pronunciaron discursos cerca de su féretro, luego de una misa de cuerpo presente en el templo de Santo Domingo y de una extraordinaria procesión popular. De esta manera participaron en el homenaje póstumo todas las autoridades y el pueblo de la provincia, y en la mente de millares de niños y de adolescentes de las escuelas y colegios, quedará el recuerdo del duelo público que la desaparición de Lillo provocó. Tucumán completó con él la serie de sus hijos ilustres, que pasaron a la inmortalidad después de haberla honrado en vida. ¡Junto a los guerreros, a los pensadores y a los estadistas, se levanta, esclarecida y única, la figura del investigador de su Naturaleza: Miguel Ignacio Lillo!

BÍO-BIBLIOGRAFÍA DEL DOCTOR MIGUEL LILLO

Castellanos, A., *Miguel Lillo*. — *Physis, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, X (1931), 427-431.

Herrero Ducloux, E., *Los estudios químicos en la República Argentina (1810-1910)*, 244 (1912).

Hicken, C. M., *Evolución de las Ciencias en la República Argentina*. VII, *Los estudios botánicos*. Edición del Cincuentenario de la *Sociedad Científica Argentina* (1923).

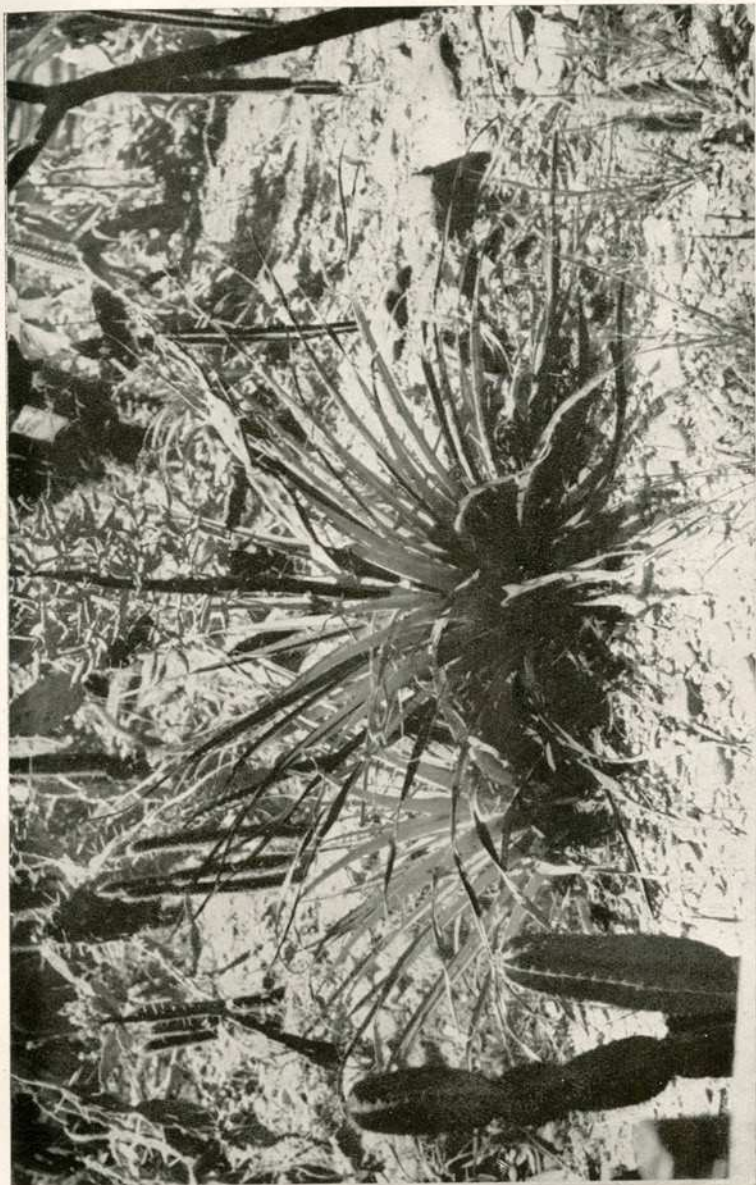
Diarios *El Orden* y *La Gaceta* (Tucumán). — Ediciones del 5 y 6 de mayo de 1931.



Tillandsia maxima Lillo et Hauman, cultivada en el Jardín del Instituto Lillo
(Foto Schreiter, 19-XI-1936)



Puya Lilloi Castellanos. Ejemplar cultivado sobre una pared de barro de la pequeña casa donde nació Miguel Lillo, de la que existen algunos muros ruinosos (Foto Schreiter, 19-XI-1936).



Bromelia sp., que vive junto a Cactáceas en un ariete del Jardín del Instituto Lillo (Foto Schreier, 19-XI-1936)





Casilla donde se conserva el instrumental para las observaciones meteorológicas
del Instituto Lillo



Cebiles (*Piptadenia macrocarpa* Benth.), existentes en el patio del Instituto Lillo
(Foto Schreiter, 19-XI-1936)